

DEMOCRACIA, REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN, 1914-1945. LA GUERRA CIVIL EUROPEA Y ESPAÑA

Ismael Saz

Universitat de València

isaz@uv.es

Este texto parte del concepto clave de guerra civil europea y se ocupa, necesaria y correlativamente, del lugar que ocupa en ella la guerra de España. Se trata de dos cuestiones profundamente interrelacionadas hasta el punto de que, en mi opinión, es prácticamente imposible llegar a una cabal comprensión de una de ellas prescindiendo de la otra. Es decir, que la guerra de España, incluida su propia internacionalización, solo puede explicarse de forma completa desde la perspectiva de la guerra civil europea; y, viceversa, que la guerra de España en sus múltiples dimensiones es clave para entender la propia guerra civil europea, así como la evolución global de los acontecimientos posteriores. Dicho de otro modo, lo que se intenta superar aquí es el hecho de que la historiografía internacional tienda a andar uno u otro de los caminos apuntados, pero de forma segmentada, sin llegar a asumir visiones de conjunto más amplias y complejas.

Vayamos, sin embargo, por partes, porque, como es obvio, la primera cuestión a dilucidar es qué entendemos por guerra civil europea, la cual situamos –y esta ya es una opción de fondo– en el periodo 1914-1945. Porque, en efecto, al optar por la cronología apuntada nos situamos en perspectivas próximas a la de Enzo Traverso y lo que en sus diversas permutaciones puede considerarse el grueso de la mejor historiografía, y no solo de la historiografía, internacional, coetánea y actual¹. Alternativamente, esto nos separa de la concepción de Nolte, cuya cronología (1917-1945) remite directamente a un enfoque reduccionista cuando no directamente simplista, toda vez que la reasume, de una forma nada velada, por cierto, en la confrontación entre nacionalsocialismo y bolchevismo². Anotemos por otra parte, en fin, que las diferentes cronologías con sus enfoques subyacentes impiden, o deberían impedir, todo tipo de aproximaciones no menos simplificadoras que, minusvalorando las diferencias entre las concepciones de Nolte y Traverso, por ejemplo, conducen a una especie de totum revolutum, con el correlativo “tiro

¹ Traverso, E.: *A sangre y fuego. De la guerra civil europea (1914-1945)*, Valencia: PUV, 2009. Veáanse las abrumadoras referencias al respecto en esta misma obra, p. 29 y ss.; también, la pionera contribución de Preston, P.: “La guerra civil europea, 1914-1945”, *Claves de Razón Práctica*, 53 (1995), 2-22.

² Nolte, E.: *La guerra civil europea, 1917-1945. Nacionalsocialismo y bolchevismo*, Méjico: Fondo de Cultura Económica 1994. (ed. Original, 1987).

al muñeco”, en el que el concepto mismo de guerra civil europea resultaría malparado cuando no inservible.

¿Qué entendemos, entonces, aquí por Guerra Civil Europea? Aun admitiendo todos los matices, se le puede considerar como una guerra total, global, transnacional; como una guerra por acumulación de conflictos, crisis, revoluciones y contrarrevoluciones; y, además, por supuesto, de guerras civiles “locales”, aunque, eso sí, de variable intensidad y plasmación.

Tres aspectos podrían destacarse a efectos de favorecer una mayor claridad analítica. Así, en primer lugar, hay que hablar de la(s) guerra(s) entre potencias. Aquí entrarían, por supuesto, las dos guerras europeas –devenidas mundiales. Que marcan el principio (1914) y el final (1945) de nuestra cronología. No hace falta insistir aquí, por supuesto, en la trascendencia de ambas guerras “calientes” o en sus múltiples consecuencias. Sí se debe recordar, en cambio, que hay indudables conexiones entre una y otra. Habrá, desde luego, entre otras muchas cosas, cambios de alianzas y posicionamientos, pero la relación entre los acuerdos de paz de 1918 y las dinámicas que conducen a 1939, no admite duda alguna.

Esa dinámica internacional, permite hablar también de una especie de “guerra fría” que se desarrollaría entre 1918 y 1939, compuesta a su vez, de diversas guerras, frías o calientes. En este sentido, tendríamos problemáticas nacionalitarias tanto en Europa Centro-oriental como en Irlanda. Tendríamos dinámicas decididamente imperialistas, como las de Italia, con la centralidad progresiva del objetivo del Imperio; como la apuesta por el poder mundial de la Alemania nazi; o como la amenaza japonesa a un imperio europeo; y con ese mismo Imperio europeo, el Reino Unido, dispuesto a hacer frente a todos estos retos en clave imperial también, por más que “defensiva”. Todo ello sin olvidar, en fin, las múltiples dinámicas revisionistas en la Europa oriental; ni, desde luego, las multifacéticas manifestaciones de la política exterior soviética.

Todas estas dimensiones remitían también, en segundo lugar, a la de las guerras civiles locales: Rusia, Finlandia, Irlanda, España, Italia, Yugoslavia... Sin que se pueda olvidar otro tipo de guerras civiles “frías”, como la que atravesó claramente las sucesivas derivas de la política interior –y exterior- francesa.

En tercer lugar, la presencia de las dimisiones citadas, más la existencia de problemáticas comunes y actores comunes o similares en los distintos países, nos permite incidir en el carácter de guerra global y guerra transnacional³.

Tales serían las dinámicas de confrontación múltiple entre democracia y reacción, entre revolución y contrarrevolución, entre liberalismo y comunismo, entre comunismo y anticomunismo, entre fascismo y antifascismo, entre naciones-Estado y nacionalidades alternativas, entre universalismos y racismo, además claro de las dinámicas propias de la guerra de clases e incluso de las guerras de religión.

Pero hay que subrayar que todo esto nos remite a una guerra global poliédrica, compleja, con elementos cruzados. Todo lo cual refuerza y no debilita la idea de guerra civil europea. Porque, en efecto, prácticamente ninguna de las antinomias apuntadas es unívoca o se da en solitario; y porque ese entramado en su conjunto refuerza la idea de la existencia –en negativo, claro- de un sujeto en guerra consigo mismo: Europa.

Veámoslo más de cerca. Hay claramente una oposición abierta entre democracia y reacción. Lo que está claro si tenemos en cuenta la existencia de los enemigos traicionales

³ Hobsbawm, E.: *Historia del siglo XX*, Barcelona: Crítica, 1995, p. 161.

del orden liberal y, mucha más del democrático, como las viejas corrientes legitimistas o las más “modernas” del nacionalismo reaccionario propio de los nacionalistas de Acción Francesa, Integralismo Lusitano, Asociación Nacionalista Italiana o Acción Española. Pero a estos enemigos abiertos de la democracia habría que sumar también aquellos otros, no propiamente reaccionarios en origen, procedentes de un liberalismo conservador que renegaban de toda evolución democrática⁴. Y a todos estos enemigos de la democracia, habría que sumar, en fin, a los fascistas, tan enemigos de ella como el que más, pero poco dispuestos a dejarse encasillar como reaccionarios.

También en el binomio revolución, contrarrevolución, hay que subrayar la pluralidad de quienes se situaban en el campo de la contrarrevolución. Aquí vale un poco lo dicho en el párrafo anterior, aunque habría que añadir el de un liberalismo conservador, con el británico como paradigma, dispuesto a contemplar amenazas revolucionarias, imaginadas o reales, en latitudes que trascendían los propios confines nacionales.

No menor era la pluralidad intrínseca del anticomunismo, o mejor, de los anticomunismos. Porque lo había, ciertamente, en los reaccionarios y contrarrevolucionarios citados, pero lo había también en sectores políticos cuyo alejamiento y condena del comunismo no comprometía sus credenciales democráticas, socialistas e, incluso, comunistas⁵.

También del antifascismo, de los antifascismos, se ha escrito mucho y a veces con tintes sumamente polémicos. Cabe recordar aquí, especialmente, el enfoque un tanto reduccionista de Furet, apuntando a lo que había en el antifascismo de trampa comunista para atrapar liberales y demócratas⁶. Pero no debe olvidarse que otros historiadores apuntaron justamente lo contrario. Así Hobsbawm, que vio en la guerra de España el símbolo mismo de la lucha global de los años treinta y la prefiguración de la alianza antifascista mundial⁷. Y también hubo historiadores firmemente convencidos de su antifascismo desde posiciones liberales y en absoluto marxistas o izquierdistas. Tal sería el caso de Mosse, quien mantendría hasta el final su identificación de la guerra de España como la “gran causa” de un antifascismo del que nunca abjuraría⁸. Incluso en este marcado carácter plural del antifascismo se ha venido a detectar últimamente, no con grandes sutilezas, ciertamente, la existencia de un antifascismo contrarrevolucionario –con Churchill como gran referente- que habría sido incluso más eficaz que el antifascismo de izquierda⁹.

Es precisamente el hecho de que muchos de los elementos considerados se crucen, interactúen en uno u otro sentido, siempre además de una forma variable vinculada a los diversos momentos, procesos y circunstancias, lo que nos permite hablar de guerra global.

⁴ Mazower, M.: *La Europa negra. Desde la gran guerra hasta la caída del comunismo*, Barcelona: Ediciones B, 2001.

⁵ Buenos ejemplos al respecto, para el caso español, en Rueda Laffond, J.C.: *Memoria roja. Una historia cultural de la memoria comunista en España, 1931-1977*, Valencia: PUV, 2018.

⁶ Furet, F.: *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*, México: Fondo de Cultura Económica, 1995.

⁷ Hobsbawm, E.: *Historia...*, *op. cit.*, p. 162-166.

⁸ Mosse, G.L.: *Confronting History. A Memoir*, Madison: University of Wisconsin Press, 2000.

⁹ Seidman, M.: *Antifascismos 1936-1945. La lucha contra el fascismo a ambos lados del Atlántico*, Madrid: Alianza Editorial, 2017.

La transnacionalidad inequívoca de los elementos y actores aquí considerados añade una vez más esa característica insoslayable de la guerra civil europea.

Todo lo que acabamos de anotar se aprecia perfectamente si nos planteamos el problema de la periodización. Desde luego, está fuera de toda duda la existencia de las franjas 1914-1918 y 1939-1945. La primera, es obviamente la de la primera guerra total, la que genera una crisis de civilización, se configura como una divisoria de aguas –para algunos incluso de siglos- y es de algún modo la “matriz” de cuanto acaecerá posteriormente. La segunda, la de 1939-1945 es la de la guerra total, absoluta, criminal, “caliente” hasta la barbarie, de los asesinatos en masa, de la población civil como objetivo, la del genocidio, etc. etc.

¿Qué decir, sin embargo, de ese largo periodo de 1918 a 1939, de esa franja cronológica, de “entreguerras”? Por supuesto, lo primero a constatar es que ella misma se caracteriza por la existencia de múltiples crisis y conflictos, de revoluciones y contrarrevoluciones, de guerras civiles locales e internacionalizadas. Todo ello, de nuevo, en un marco de extrema complejidad en el que se entrecruzan legados de la Gran Guerra e incubación de la Segunda Guerra mundial, continuidades y cambios. Con todo, para no caer en excesivas generalizaciones, cuando no en enfoques deterministas, una ulterior periodización dentro de la ya apuntada parece necesaria. En este sentido, distinguiríamos tres subperiodos: el que va de 1918 a 1923, el que abarca de 1923 a 1936 y el de 1936-1939.

El primero de ellos, el de la inmediata posguerra, se caracteriza, como sabemos, por una virulenta y transnacional confrontación entre revolución y contrarrevolución. Se trata de la consolidación del poder soviético con sus correlativas guerra civil, intervención occidental, guerra con Polonia, multitud de conflictos identitarios. Pero es también, fuera del marco soviético, el momento de la revolución húngara y de los sucesivos connatos revolucionarios en Alemania. Es el momento de la extraordinaria agudización de la lucha de clases que encuentra episodios y soluciones muy distintos en el Reino Unido, España o Italia. Es, por tanto, el momento, también, de la contrarrevolución y el de la aparición del fascismo, fenómeno que no debe identificarse indiscriminadamente con la contrarrevolución. Si hablamos de brutalización de la política, es, desde luego, en este periodo donde encontramos las primeras y más sangrientas materializaciones (basta recordar los asesinatos de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo, del sangriento aplastamiento de la revolución bávara, de las matanzas de judíos por los rusos blancos, del terror bolchevique...). Tiempos, también y por todo ello, que sitúan el anticomunismo en uno de sus periodos álgidos. Pero, además de todo esto, hay que recordar, lo que no es, en absoluto, intrascendente, que 1918 es también el año de la democracia, de las revoluciones democráticas. Cuando la democracia se convierte por primera vez –lo que tiende a ignorarse- en una realidad que trasciende su escasa implantación anterior. Tampoco debe olvidarse, en fin, que con la democracia y en abierta concurrencia con el comunismo se asienta la socialdemocracia, la cual deviene un bastión para la democracia y el reformismo social.

Y esto dará lugar, como se verá, a otro tipo de reacciones y contrarrevoluciones: las que apuntan directamente contra la democracia y el socialismo “reformista” en el poder. Porque, en efecto, si algo hay que subrayar del subperiodo 1923-1936, es que no hay revoluciones comunistas, pero sí que se configura, por así decirlo, la revancha, no ya respecto de las frustradas revoluciones comunistas, sino respecto de la otra revolución, la democrática. Ya no hay revolución(es) comunista(s) y hasta la URSS terminará por aceptar su propio “confinamiento” más defensivo que ofensivo. Pero sí proliferan las dictaduras. Así,

a la de Hungría e Italia seguirán las de Polonia, Portugal, Alemania, Austria, Yugoslavia, Rumania, Grecia...) Tal es así, que en julio de 1936 cuando se inicia la guerra civil española no queda una sola democracia en toda la Europa Mediterránea, ni en toda la Europa centro-oriental. Con dos excepciones, ciertamente: España y Checoslovaquia. La primera había sido, como señalara Toynbee en 1931¹⁰, la gran esperanza del liberalismo frente a las derivas dictatoriales. Tanto ella como la segunda, Checoslovaquia, desaparecerán con una intervención más o menos directa de la Alemania nazi en 1939. Pero el aplastamiento de la democracia española requirió una guerra civil de tres años. Y, conviene subrayarlo, fue la española la única democracia europea que no cayó sin resistencia. Pero esto conllevaría también un cambio radical respecto de los parámetros del subperiodo que cerraría en 1936, precisamente, la guerra de España.

En efecto, muchas y decisivas cosas cambiarían en todos los planos, con la guerra civil española. Porque está fue, sin lugar a dudas, “la guerra de todas las guerras”; o, por decirlo de otro modo, la guerra que incorporó por primera vez todas las dimensiones, actores y encrucijadas de la guerra civil europea.

Fue, desde luego una guerra abierta de clases en la que no se ahorró ninguno de los episodios imaginables de crueldad y barbarie¹¹. Fue una guerra frontal entre la democracia y la reacción; como lo fue entre la revolución y la contrarrevolución; entre el comunismo y el anticomunismo; entre el fascismo y el antifascismo. Una guerra que incorporó, por otra parte, las peores vertientes de las guerras de religión.

Fue igualmente un conflicto nacionalitario en el que la más brutal manifestación del nacionalismo antidemocrático español pugnó por arrasar cuanto se había avanzado en el terreno del reconocimiento de la pluralidad nacional española. Finalmente, aunque no es menos importante, incorporó todas las dimensiones de la política internacional, del juego de estrategias, de las ambiciones alemanas y de las ínfulas imperiales de Italia; de las debilidades de la otrora potencia hegemónica continental, Francia, y de los temores del gran imperio británico; de la búsqueda desesperada de alianzas occidentales por parte de la URSS.

Todo esto hace de la guerra civil española la primera gran anticipación de la II Guerra Mundial, precisamente en el sentido que aquí apuntamos: que están en la guerra de España “todas las guerras” de la guerra civil europea, con todos sus actores y procesos –“internos” y “externos”, “nacionales” y “transnacionales”- operando a la vez; algo que no había sucedido hasta entonces, pero sí que volvería a suceder en la inmediata guerra europea.

En lo que se refiere a las dimensiones “exteriores” de la guerra de España, contamos ciertamente con un plano bastante ajustado de lo que fue el proceso de internacionalización de aquella. Así, sabemos que el Reino Unido adoptó desde el principio una posición, que resultaría decisiva, de neutralidad benévola (hacia los sublevados); o, lo que es lo mismo, malévola (hacia la República)¹². Francia, por su parte, decidió aceptar en un primer momento las peticiones de armas del gobierno legítimo español. Alternativamente, tanto Mussolini por Italia como el ministerio de exteriores de Alemania, rechazaron las peticiones

¹⁰ *Survey of International Affairs 1931*, p. 29-30.

¹¹ Imprescindible en el sentido aquí apuntado, Preston, P.: *El holocausto español: odio y exterminio en la Guerra Civil y después*, Barcelona: Debate, 2011.

¹² Moradiellos, E.: *Neutralidad benévola*, Oviedo: Pentalfa, 1990; Little, D.: *Malevolent Neutrality. The United States, Great Britain, and the Origins of the Spanish Civil War*, Ithaca: Cornell University Press, 1985.

que les llegaban por parte de los rebeldes. También la URSS, en fin, se decantó por una neutralidad “adornada” de gestos de solidaridad sin mayor trascendencia hacia la España republicana.

Sabemos también que a la altura del 25 de julio todo experimentó un cambio radical: el gobierno francés, acosado por la presión de la extrema derecha gala, las vacilaciones de los radicales y las presiones británicas, se desdijo de su anterior compromiso y paralizó toda ayuda a la República. Significativamente, en esa misma fecha, conocida ya la “retirada” francesa, Hitler decidió aceptar las peticiones de ayuda que el llegaban de los sublevados en Marruecos, y lo propio haría en un proceso más lento y paulatino –que se extendería del 25 al 28- el propio Mussolini. Días más tarde, materializadas las ayudas nazi y fascista a la España rebelde, Francia hizo el conocido llamamiento de la No-intervención, inmediatamente apoyado por el Reino Unido. La URSS que también se uniría al correlativo Comité de No Intervención, tardaría aún dos meses en decantar su posición hacia la de una ayuda efectiva a la República¹³.

Todo esto es, como decimos, perfectamente conocido y no nos extenderemos más en ello. Pero tan importante como lo apuntado es, para el plano en que desenvuelve este texto, el preguntarnos por los porqués de las mencionadas actitudes y de los cambios tan fulminantes como decisivos. En el caso de Francia, el beligerante anticomunismo de la extrema derecha jugó un papel destacado en la feroz ofensiva lanzada contra la decisión inicial del gobierno; y parece claro que algunos sectores de la derecha liberal conservadora fueron sensibles a esta campaña, máxime cuando el espectro de la revolución tomaba cuerpo en España. Pero no debe olvidarse, por otra parte, que un protagonismo especial en esa ofensiva lo tuvo la extrema derecha reaccionaria, la que era, por definición, enemiga visceral de la democracia en sí misma. Tenemos, por tanto, aquí tres dinámicas esenciales de la guerra civil europea: el anticomunismo, la contrarrevolución y la reacción. Muy significativamente, en fin, el otro espectro que sobrevolaba la actitud francesa era el temor que la situación española pudiese contaminar a una república, la francesa, que vivía en la opinión de los contemporáneos una situación de guerra civil, fría o latente, añadiríamos. Tenemos, pues, dos “presencias” de la guerra civil europea. La primera “caliente y brutal” al sur de los Pirineos y la segunda “fría y latente” al norte de los mismos.

Distinta, aunque no del todo, era la situación en el Reino Unido. Aquí no hubo que esperar a la guerra de España para calibrar la importancia del anticomunismo y el pavor ante toda revolución, por “imaginada” que esta pudiera ser. Por supuesto, ambas dinámicas se dispararon hasta la exasperación con el inicio de la guerra de España. Aunque hay que insistir en que esas eran ya pautas esenciales de la política exterior británica. Como lo era el presupuesto imperial, bien visible en todas las instancias del Foreign Office, así como en el conjunto de la opinión conservadora. Pero el Imperio podía verse amenazado por tres enemigos: Japón, Alemania e Italia. La convicción de que no se podía ir a un enfrentamiento simultáneo con los tres estuvo en la base de la política de apaciguamiento, como lo estuvo el temor al otro gran enemigo del imperio, la revolución y el comunismo. Anticomunismo, pánico a la revolución y defensa imperial determinaros en última instancia toda una serie

¹³Para una visión de conjunto son imprescindibles los trabajos de Ángel Viñas, además de los ya conocidos estudios, entre otros, de Juan Avilés y Enrique Moradiellos. Del primero pueden verse, especialmente, la trilogía, *La soledad de la República*, Barcelona: Crítica, 2006; *id.*, *El escudo de la República*, Barcelona: Crítica, 2007; *id.*, *El honor de la República*, Barcelona: Crítica 2010; Avilés. J.: *Pasión y farsa*, Madrid: EUDEMA, 1994; Moradiellos, E.: *El reñidero de Europa*, Barcelona: Península, 2001.

de actitudes que solo pueden considerarse como decisivas en la suerte de la República española¹⁴.

Cabe decir, por otra parte, que el “gran invitado” a la guerra, el comunismo soviético, tardó en comparecer. No se involucró en un principio; quería todo menos una revolución comunista en España. Pero su afán de encontrar puntos de acuerdo con las democracias occidentales, chocó frontalmente durante años precisamente con la fortaleza, la hegemonía del paradigma anticomunista¹⁵. Como era de esperar, cuando finalmente se dio paso al apoyo abierto a la República, con armas y, claro, con las brigadas internacionales, el antifascismo estuvo en el centro de su legitimación¹⁶.

Quien puso el anticomunismo en el centro de la legitimación, de su apoyo a los sublevados, fue la Alemania nazi. Sin embargo, no está claro que este fuera el núcleo motivador de la intervención. Por supuesto, Alemania podía tener interés en una victoria de los rebeldes. Interés, claro, de orden estratégico, toda vez que la victoria franquista debilitaría necesariamente la posición de Francia, acechada ahora por un posible adversario/enemigo al sur; algo que a su vez debilitaría al potencial aliado de Francia, la URSS. Con todo, hay que subrayar el factor oportunidad, en dos direcciones posibles. Primera, la toma de conciencia de que la República había quedado abandonada merced a la retracción francesa, lo que facilitaba a priori el valor de una ayuda limitada. Segunda, el mismo vector del anticomunismo, operante ahora desde la conciencia de que azuzando esta cuestión la repuesta del mundo conservador de las propias democracias sería, como fue, de todo menos beligerante. Por supuesto, aplastar otra democracia siempre sería un elemento bien valorado por la Alemania nazi; y, en fin, solo desde una cosmovisión fascista, de conquista y agresión se puede explicar el alejamiento, más propio del mundo conservador, respecto de todo elemento de prudencia.

Mucho de esto, aunque elevado a la enésima potencia, vale para Italia. Enemiga declarada desde el primer momento de la democracia republicana; por su carácter democrático en primer lugar y por el riesgo, al mismo tiempo, de una excesiva aproximación de la República a la vecina Francia. Pero Mussolini había moderado en los últimos tiempos sus afanes de intervención y apoyo a los conspiradores españoles: no se fiaba mucho de estos, valoraba la consolidación de la República y estaba más pendiente de las consecuencias de su guerra en Abisinia. Pero calibró progresivamente que la República quedaba aislada con la retracción francesa, que no habría una reacción dura a una intervención italiana y que el Reino Unido iba en la misma dirección. Más que en Alemania, el anticomunismo tendría un efecto de elemento justificativo, legitimador ante la opinión

¹⁴ Para todo esto sigue siendo fundamental el trabajo –*Neutralidad benévola...*– más arriba citado de Enrique Moradiellos.

¹⁵ “Las democracias occidentales, por su parte, se sentían satisfechas de no haberse visto arrastradas al conflicto. Aunque el resultado fuera una España nacional capaz de desarrollar lazos todavía más estrechos con las dictaduras fascistas, eso era a sus ojos siempre mejor que un triunfo del bolchevismo cerca de ellas”. Kershaw, I.: *Descenso a los infiernos. Europa 194-1949*, Barcelona: Critica, 2025, p. 422.

¹⁶ Para la actitud de la URSS y su evolución es imprescindible la consulta de la ya mencionada trilogía de Ángel Viñas. Puede verse del mismo un breve –pero necesario frente a inexplicables tergiversaciones– estado de la cuestión sobre la creación y dimensiones de las brigadas internacionales: “La creación de las Brigadas Internacionales”, en Sánchez Cervelló, J. y Agudo Blanco, S. coords.: *Las Brigadas Internacionales: nuevas perspectivas en la historia de la Guerra Civil y el exilio*, Tarragona: URV, 2015, pp. 15-22.

conservadora y católica mundial, muy operativa como hemos visto en el Reino Unido. Y también en la propia Italia, donde fue precisamente la guerra de España la que reactivó un anticomunismo fascista que había estado hasta poco antes en segundo plano; bastante por detrás, por cierto, del católico¹⁷. Por supuesto, aplastar sin grandes costes otra democracia era, como en Alemania, un objetivo apetitoso. También aplastar otra revolución, y hacer todo ello, en fin, en nombre de su propia revolución, la fascista. Comprometida hasta la médula en una guerra, la de España, vivida como propia, en una posición de hecho de tercer contendiente, todo venía a cuadrar en la intervención italiana: “revolución” interior y coherencia imperial e imperialista, la guerra de España, devino para la Italia de Mussolini en la primera guerra fascista¹⁸. En tanto, que Alemania a Italia, combatieron por primera vez en el mismo bando y en la misma guerra, la de España fue, también, la primera guerra del Eje¹⁹.

En suma, como se ha visto, en el comportamiento de todos los actores en el proceso de internacionalización de la guerra civil española están presentes y, por primera vez, juntos y entrelazados todos los elementos constitutivos de la guerra civil europea: guerra abierta de clases; revolución vs. contrarrevolución; democracia vs. reacción; comunismo vs. anticomunismo; fascismo vs. antifascismo; naciones vs. naciones y nacionalidades; imperios frente a imperios. Y, por supuesto, las brutalización de la política llevada a sus últimos extremos (a la espera, claro, del genocidio perpetrado por la Alemania nazi) y la conversión de la propia guerra en una guerra total.

No es de extrañar, por tanto, que la guerra de España fuera identificada desde muy pronto como un “preludio” o una “primera batalla” de la segunda guerra mundial. Pero esta era, con todo, una visión simplista, un tanto reduccionista y muy condicionada por el “sentido del después”. Porque, en efecto, las coincidencias y diferencias en la actitud de los autores nacionales en una y otra guerra son de todo menos simples y lineales. Así, la URSS fue el único apoyo claro a la República entre los futuros aliados; siendo, por el contrario, “neutral” en la primera fase del nuevo conflicto europeo. Francia y el Reino Unido estuvieron en posiciones de neutralidad: decisivamente benévola hacia los sublevados por parte británica; lastimosamente pro republicana por parte francesa. Solo Italia y Alemania estuvieron en posiciones similares en ambos conflictos, aunque ciertamente la segunda tardaría un año en incorporarse a la guerra europea.

En definitiva, prácticamente, ninguna de las combinaciones que se dieron en la segunda guerra mundial se “corresponde” con las que se dieron en España. Otra cosa es, claro, que no se pueda establecer relación alguna entre los comportamientos de los actores en una y otra guerra. Y aquí habría que citar como una cuestión fundamental la de la decisiva importancia de la guerra de España en el cambio de paradigma –del anticomunista al antifascista- experimentado por amplísimos sectores de la opinión, incluso conservadora, mundial. No en vano dos de los grandes protagonistas de la voluntad británica de llevar hasta el final la guerra contra la Alemania nazi, Anthony Eden y, sobre todo, Winston

¹⁷ Pertici, R. “Il vario anticomunismo italiano (1936-1960): lineamenti di una storia”, en Loreto Di Nuci, L. Y Galli della Loggia, E., a cura di: *Due nazioni*, Bolonia: Il Mulino, 2003, p. 274 y ss.

¹⁸ Saz, I.: “Fascism at War in Spain”, en Baumeister, M. y Schüler-Springorum, S. (eds.): *“If You Tolerate This...” The Spanish Civil War in the Age of Total War*, Frankfurt/New York: Campus, Verlag, 2008, p. 90-100. Recogido posteriormente, como “Fascismo y guerra civil española”, en Saz, I.: *Las caras del franquismo*, Granada: Comares, 2013, p. 39-49.

¹⁹ *Ibid.*

Churchill habían “aprendido”, entre otras cosas, a través de todas las implicaciones de la guerra de España que el máximo peligro no radicaba ya en el comunismo sino en el fascismo.

Ese fue un gran legado de la guerra de España. Pero si lo fue, fue precisamente porque en su carácter sumamente complejo y poliédrico se entretajeron todos los actores y factores que comparecerían en la guerra europea. Y porque si esto fue así, es precisamente porque ambas guerras formaban parte de una misma guerra más dilatada en el tiempo, la guerra civil europea.

Otra cosa es, en fin, que los grandes aliados de los vencedores de la guerra de España fueran los derrotados en la segunda guerra mundial; o que, viceversa, los amigos de la democracia y la revolución derrotados en España estuvieran con los vencedores de la guerra mundial. Nada hubo de lineal o simple en todo esto, como vino a quedar ratificado, entre otras cosas, por la triste suerte a la que fueron abandonados los demócratas españoles en la segunda posguerra mundial. Pero todo esto no viene sino a confirmar el carácter poliédrico de esa guerra civil europea con sus múltiples actores, factores, encrucijadas y permutaciones, que había venido a encontrar, precisamente en España, su primera plasmación total.